

Sin embargo, en algunos cuentos la emoción se ahonda y embarca al lector con la melodiosa y sencilla narración, como ocurre con «María Angélica», cuyo protagonista es también un niño, que comienza a saborear el amargo pan cotidiano en el umbral de la vida.

De entre los numerosos cuentos que componen esta obra, bastarían «Cierta persona», «Canutos», «El bailahuén» y «María Angélica», para cimentar el nombre de un autor. Julio Salcedo, con esta obra, ha conseguido con creces lo que busca y anhela todo escritor: interesar al público, emocionarlo y distraerlo con el producto de su talento.

Como colofón, Salcedo ha insertado en «Cierta persona» algunos artículos de interés general, publicados en «El Mercurio» y en la revista «Hoy», que bien podían haber sido suprimidos del volumen y que nada agregan al prestigio del autor.  
—GONZALO DRAGO.



«FRONTERA» DE LUIS DURAND, por *Graciela Illanes Adaro*

Guiados hábilmente por la mano del escritor Luis Durand, somos introducidos en el ambiente de «Frontera», en una noche de tempestad. Relámpagos y truenos, recia lluvia y viento inundan el escenario.

Luego surgen los personajes: se les encuentra por los caminos, sobre un caballo, en la puerta de un rancho. Pronto adquieren animación y sobre todo, vida.

Con gran naturalidad se entroncan en el relato, y se les ve actuar más bien cumpliendo un destino que titubeando ante una deliberación, pues son personajes que viven en pleno contacto de la naturaleza en una época de formación de estatutos, de colonización de tierras, de cambio radical en el «modus operandi» de seres y cosas.

Estos personajes son generadores de razas, formadores de pueblos y atraviesan por momentos que hacen época en la vida de una nacionalidad o país. Ejecutan sus acciones debido a impulsos primitivos.

Las situaciones se suceden con rapidez, y las pasiones irrumpen bruscamente como corresponde a una tierra poderosa y a una sociedad en formación. Los instintos afianzan los sentimientos; en la mayoría de los casos aquéllos sólo imperan, pero también hay otros que el sentimiento los endulza, encauza, sublima y redime. Entonces surge el ser humano con su grandeza de tal. Cuando aparece sólo impulsado por sus primarios apetitos, forma conjunto con la tierra y la bestia, unidos en parecido y homogeneidad.

Aquí se debaten seres, cuyas vidas y razón de existencia están indisolublemente unidas a la Frontera, región ubicada junto a los bravos indígenas. El autor ha penetrado en sus almas aparentemente misteriosas. Su sentir, sus aficiones y tragedias—su lucha que comenzó hace siglos y que no ha terminado todavía—surgen y se destacan, y, entre ellos, la figura de Domingo Melín adquiere proporciones de nobleza e hidalguía.

Se les compadece sinceramente cuando destruyen sus vidas con el licor aguardentoso, y se les admira cuando relucen en el trabajo, tesón y buen ánimo. «Era de verlos cuando llegaban buenos y sanos. Arrogantes y huraños. Despreciativos con el chileno, en quien seguían viendo al empecinado español con quien habían peleado más de trescientos años. Con su cuidado chamal y sus grandes aretes las chinas sonreían orgullosas. Sus largos chapes, «pezcoceados» en los extremos, les caían por los hombros con cierta gracia espontánea».

Sensiblemente, no siempre, aparecen en esta forma, sino implorantes de «jamaica» o ya bebidos, y entonces «hablan con dulzura y en su sonrisa de bronce parece resplandecer toda la

pureza nativa de una raza criada entre el follaje opulento de las selvas maravillosas junto a las cuales han nacido».

El problema del indio, de su tierra quitada en mala forma, y del alcohol, destructor de sus vidas, están vivos y palpitantes aquí.

Con los indígenas, fieles exponentes de su raza, se entremezclan otros seres que tienen algunas de sus características y otras peculiaridades: andariegos, buscavidas, luchadores arrojados, deambulan por los diferentes lugares de la frontera, pues no les agrada quedarse «arrimados como maderos bajo la calamina de un galpón». Aman los caminos, lo sorprendente, lo inesperado, el encuentro con algún amigo, con quien ponerse a platicar bajo un árbol. «Tienen sed de recorrer siempre rutas diferentes, ya bajo el sol abrasador o bajo la lluvia torrencial».

El carácter inquieto del chileno, su ir y venir, que ha creado algunos de nuestros problemas, está realzado en las páginas de «Frontera».

Dominando a todos estos seres, mujeres y hombres, está Anselmo Mendoza, el personaje principal, con sus virtudes y defectos, arrollador y fiero, enamorado y bravío, justiciero y humanitario, valiente y temible.

Don Anselmo, caudillo, gran señor de la región, hombre de coraje y fortaleza, se inmiscuye también en política, defiende a Balmaceda y batalla por él, casi sucumbe, y luego sigue su vida en Angol, Traiguén y otros pueblos, más rurales que urbanos, de vida heterogénea en que se entremezclan mapuches, criollos y españoles; civiles y militares, y, por todos lados, carretas y grupos de vacunos y lanares, traspasando el ambiente con sus voces, todos aspectos multicolores y multiformes de la Frontera.

Entre los personajes femeninos, doña Adolfina es la que tiene mayor relieve. Está acentuada en forma tal que se oye su voz meliflua; sagaz, prudente, habilidosa, unas veces; mordaz, chancera, picante, otras; especialmente para corrillos y réplicas

oportunas. Su vejez la hace aceptable y hasta solicitada con su picardía no exenta de gracia, ya para el chisme, el comentario, la ironía.

Junto a tormentas, a odios, a asaltos, a bandidaje se entremezclan imágenes plácidas, ya que provienen de la naturaleza, ya de personas que, aunque tienen a su alrededor gente con carácter fiero, poseen suavidad y dulzura.

«Frontera» presenta un potente cuadro de la naturaleza. Allí está la selva impenetrable, cargada de copihues, llena de belleza, muy diferente de la que presentan otras obras también de valor americano como la que analizamos, tal «La Vorágine» de Eustasio Rivera.

Las notas de la naturaleza aparecen diseminadas aquí y allá para dar ambiente exterior a la narración. «Sobre las copas de unos robles vino a posarse una densa nube de choro y es, que al paso del coche lanzaron un chillerío ensordecedor.

Una puerta que se entreabre deja ver un breve cuadro lleno de colorido, pleno de realidad. Una mirada para buscar compensación en la naturaleza de un mal momento suelen señalar también el paisaje en breves síntesis. El relato resulta así matizado y cobra nuevos bríos con el canto de unos pajarillos, el graznar de unas aves, unas nubecillas volanderas, el fulgor de unas flores.

Las descripciones son plásticas y vibrantes de color, de movimiento y de claridad. Hay algunas notas entre ellas de suma agudeza y enormemente evocadoras. «Languidecía la luz. Afuera los chicos gritaban persiguiéndose. Sus gritos imitaban a los pájaros y en el silencio susurrante tenían algo de frágil y aguda tristeza». ¿Quién no ha oído esas voces de niños como campanitas cristalinas en los atardeceres campesinos? No siempre tienen como en este caso aguda tristeza, pero sí siempre algo de pájaro y de trino. ¡Que puras y nítidas se escuchan! Luis Durand al traerlas a un momento de su creación hará

revivir innúmeras horas campesinas del crepúsculo en los que lo lean.

Este escritor tiene un gran sentido artístico para definir la relación que hay entre hombres y animales. Muy a menudo se estrechan con abrazo de humanidad. El hombre y el animal unidos en defensa propia o para el dominio de la naturaleza. También el espectáculo de los animales en conjunto. Ha interpretado su gran voz colectiva, y esa especie de sentimiento de que está impregnada su mirada triste y sus mansos gestos.

Este es uno de los libros chilenos que pasará a la posteridad por el realce que en él tienen lo criollo y lo americano y por sus tipos definidos y fielmente representativos de su medio.

G. I. A.

■

«ALTA NOCHE», por *Jorge Ibáñez*

Es difícil y rara vez sucede concebir toda obra de arte, basada en principio sobre una realidad sencilla que puede ser potente o delicada, triste o alegre, satírica o humillante en la pobreza moral de sus personajes; sucede lo contrario, la empezamos a admirar o a aburrirnos con ella porque partimos de concepciones, de métodos o de maneras intelectualizadas, que tienen su primera observación en lo teórico y luego miramos la naturaleza humana o el paisaje que pueda haberla realizado por estímulo frente al artista. Ocurre de esta manera que obras de valía son despreciadas o miradas con desdén porque no nos hemos preocupado de olvidarnos quien la hizo, para ver cuanto tiene de aquella inmensidad que da la vida, para realizar una tarea de belleza. Así se puede haber observado en nuestra crítica literaria que quienes la realizan tienen un cartapacio de hechos buenos, meritorios, de calidad y otro de observaciones donde los errores, las limitaciones, las mezquindades están presentes y la crítica se ha acostumbrado a encontrar en los libros